

el mismo papa concedió indulgencia plenaria para la hora de la muerte á los que hubiesen tenido costumbre de practicar esta devocion en vida. ¿Serán necesarios mas motivos para observarla en adelante con la mayor exactitud? Pero guárdate bien de hacerlo con indevocion y con tibieza. Nunca reces las oraciones con precipitacion; rézalas siempre con atencion devota; y por un ridículo respeto humano, por una necia vergüenza, nunca dejes de ser y de parecer cristiano.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN LUDGERIO, PRIMER OBISPO DE MUNSTER.

San Ludgerio, originario de Frisia, y de familia ilustre entre las mas distinguidas de todo aquel país, nació al mundo por los años de 743. Su padre Triadgrin y su madre Lifeburga, reconociendo en el niño Ludgerio particular inclinacion á la virtud, y bellas disposiciones para las letras, le enviaron á Utrecht, siendo de edad de trece á catorce años, para ser educado en la escuela del misionero san Gregorio, discipulo de san Bonifacio mártir.

Estaba dotado Ludgerio de excelente ingenio, de natural dócil, de modales gratos, de un aire apacible, de un corazon noble y como naturalmente inclinado á todo lo bueno. Con tan felices disposiciones, en poco tiempo hizo admirables progresos en la ciencia de los santos, y en el estudio de las letras humanas. Acompañó á Aluberto cuando fué á consagrarse obispo á Yorck, y recibió en aquella ciudad el órden de diácono. Empeñado ya mas particularmente en el servicio de la Iglesia, aspiró con mayor aliento á la fuerza

teccion, y se aplicó con nuevo fervor á adquirir las virtudes eclesiásticas y religiosas propias de su estado. Consiguíolo con ventajas; y bien informado Alberico, sucesor de san Gregorio, del extraordinario mérito de nuestro santo, le envió al país de Over-Isel á renovar la cristiandad de Deventer, que los Sajones gentiles habian arruinado despues de la muerte de su fundador y primer apóstol san Lebwin. Hizo en poco tiempo san Ludgerio cuanto se podia esperar del fervoroso zelo de un apostólico misionero; y abolidas las miserables reliquias del paganismo, quedó reparada aquella iglesia.

Habiendo sido consagrado obispo Alberico, á pesar de la humilde resistencia de Ludgerio á vista de una dignidad respetable á los mismos ángeles, le ordenó de sacerdote. Envióle luego á Frisia, y apenas entró en ella, comenzó á ser su apóstol. Padeció cuantos trabajos suelen padecer los hombres apostólicos cuando se empeñan en desmontar una tierra inculta; pero Dios endulzó sus penosas fatigas con las abundantes bendiciones que derramó sobre ellas. En menos de siete años convirtió á la fe de Cristo aquella nacion idólatra; y apenas hubiera quedado gentil en ella, si Witikin, duque de Sajonia, y todavia pagano, no hubiera obligado á nuestro santo á salir del país durante la cruel persecucion que movió contra la Iglesia.

Arrancado Ludgerio con indecible dolor de en medio de su rebaño, se fué á consolar en el santo monasterio del Monte Casino, y allí se desquitó con continuas oraciones y con rigurosas penitencias del entredicho impuesto á su zelo. Oyó luego el Señor sus apostólicas ansias; porque conquistada por Carlo Magno toda la Baja Sajonia, y convertido el duque á la religion cristiana, salió de su retiro nuestro santo, animado de nuevo fervor, y cediendo todo, no menos á la eficacia de sus palabras que á la fuerza

de sus ejemplos, llevó la divina palabra hasta la embocadura del Weser, y en todos los cinco cantones marítimos de la Frisia. Triunfando ya en todo aquel país la fe de Jesucristo, fundó un monasterio de monjes benedictinos para servir como de ciudadela y arsenal á la recién nacida iglesia.

Extendida la fama del copioso fruto que hacia el nuevo apóstol en toda la Westfalia, deseó Hildebaldo, arzobispo de Colonia, elevarle á la dignidad episcopal. Asustóse Ludgerio al oír la proposición que se le hizo. Representó, suplicó, se resistió, é hizo cuanto pudo para que en su lugar fuese sublimado á ella un discípulo suyo, cuyas prendas ensalzaba, y á su parecer sin encarecimiento. Pero no fué atendida su repugnancia; fué necesario obedecer á la elección del arzobispo y á la orden del emperador. Fué consagrado obispo de Mimigerneford, que significa *el vado del río Mimigard*, nombre que despues se mudó en el de Munster, que quiere decir *monasterio de canónigos regulares*, porque el santo fundó en aquel paraje un célebre monasterio, cuya iglesia le sirvió de catedral. A esta nueva diócesis juntó despues los cinco cantones de la Frisia oriental, que el mismo santo habia convertido á la fe. Además de eso fundó otra abadía en la Baja Sajonia, que es la que hasta hoy se llama *Claustro de San Ludgerio*, en el ducado de Brunswick.

La nueva dignidad solo sirvió para aumentar la austeridad de su vida, y para añadir mayor lustre á su virtud. Escogido por pastor de aquellos pueblos, fué padre de todos. Con la dulzura de su genio y con la afabilidad de su trato, domesticó los ánimos mas intratables y mas duros. No hubo quien no se rindiese á sus palabras ó á sus ejemplos; y haciéndose todo á todos con una caridad universal, á todos los ganó para Dios.

Sus rentas eran de los pobres, su mesa era tambien la mesa de ellos. Llevaba siempre debajo del traje de prelado un áspero cilicio. Eran continuos sus ayunos; y su abstinencia, en medio de los caritativos convites, en que se renovaban los agapes antiguos, llegaba á ser excesiva.

Una virtud tan sobresaliente no podia estar á cubierto de la envidia y de la murmuración. La frugalidad de su mesa, aquel trato continuo con los pobres, su humildad y su modestia, desagradaban mucho á los que siendo muy inferiores á él en la dignidad, vivian con mayor suntuosidad y con mas fausto. Desacreditáronle con Carlo Magno, pintándole como á un hombre de cortos talentos, que hacia despreciable su carácter. Como aquel gran príncipe ninguna cosa deseaba con mayor ansia que ver florecer la Religion; y como estaba persuadido de que el ejemplo de los prelados hacia grande impresion en el ánimo y en los corazones de los pueblos, sintió mucho las quejas que le daban de nuestro santo. Vióse este obligado á pasar á la corte para justificarse. Hospedóse cerca de palacio, y á la mañana siguiente un gentilhomme del emperador fué á prevenirle que le estaba esperando su majestad imperial. Hallábase rezando el oficio divino cuando recibió el recado, y queriendo acabarle se hizo esperar. Procuraron aprovecharse de esta conducta sus émulos para autorizar su acusación. Preguntóle el emperador cómo habia tardado tanto en venir á su presencia despues de haberle enviado tres recados: *Señor*, respondió el santo, *porque en esto mismo creí que obedecía á V. M.* — *¿Pues cómo?* le replicó el emperador. — *Señor*, continuó Ludgerio sin turbarse, *porque cuando me dieron los recados de V. M. me hallaba rezando el oficio divino; y cuando V. M. me hizo la honra de nombrarme por obispo, me encargó ante todas cosas que prefiriese siempre el*

servicio de Dios al de los hombres, sin exceptuar la misma sagrada persona de V. M. imperial. Agradó tanto al emperador esta respuesta, que no quiso permitir se justificase de los demás cargos que le habían hecho; y volviendo á enviarle á su iglesia colmada de honras, le exhortó á que cuidase siempre con el mismo zelo de sus ovejas, y prosiguiese con el mismo ardor en el servicio de Dios.

Fructificaron mas sus apóstolicos trabajos por el don de milagros que le concedió el cielo. Parecióle estrecho campo para contentar las ansias de su caritativo espíritu la Sajonia y la Westfalia; y viendo ya desde entonces con luz profética los estragos que algun día habían de hacer en aquellas regiones los Normandos de Dinamarca y de Noruega, se estaba disponiendo para ir á prevenir á los enemigos de la fe, resuelto á emprender aquellas nuevas misiones, cuando el Señor, que le veía ya maduro y cargado de merecimientos, quiso premiárselos.

Fué larga y violenta su postrera enfermedad; pero ni por esto disminuyó un punto su fervor. Ningun día dejó de rezar el oficio divino con otras muchas oraciones; y aunque consumido y penetrado de agudísimos dolores, todos los días celebró el santo sacrificio de la misa. El último de su vida, que fué el domingo de Pasión, á los 25 de marzo, no le pasó ociosamente, ni fué el menos laborioso. Muy de mañana predicó en la iglesia de Coesfeld, y se despidió de su pueblo; desde allí pasó á Billerbeck, distante dos leguas de Coesfeld: dijo misa, y predicó segunda vez, sacrificando á Dios de esta manera las últimas reliquias de su voz y de sus fuerzas; y pronosticando á los que le acompañaban que la noche siguiente moriría, ya no pensó mas que en consumir su sacrificio, redoblando el amor á Dios que le abrasaba, y aquella ardiente caridad con el prójimo que siempre le había

encendido. En tan santos ejercicios acabó su dichosa vida, un poco despues de la media noche del día 26 de marzo, hacia el año de 809. Fué conducido su santo cuerpo con gran pompa al monasterio de San Salvador de Wérden, como él mismo lo había dejado dispuesto; y el Señor continuó en hacerle célebre con muchos milagros.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Lavicana, san Castulo, camarero del palacio, el cual, como hospedase á los fieles perseguidos, fué tres veces colgado en el aire por los perseguidores, y otras tantas interrogado por el juez; y perseverando en confesar á Jesucristo, le echaron en un hoyo, y cubriéndole con una gran porcion de arena, ganó la corona del martirio.

Allí mismo, los santos mártires Pedro, Marciano, Jovino, Tecla, Casiano y otros.

En la Pentápolis de Libia, el tránsito de los santos mártires Teodoro, obispo, Ireneo, diácono, Serapion y Amonio, lectores.

En Sirmio, los santos mártires Montano, presbítero, y Máxima, los cuales fueron ahogados en un rio por la fe de Cristo.

Además, los santos mártires Cuadrato, Teodosio, Manuel y otros cuarenta.

En Alejandria, los santos mártires Eutiquio y otros, los cuales, en tiempo de Constancio, siendo obispo el arriano Jorje, por defender la fe católica, fueron pasados á cuchillo.

En el mismo día, san Ludgerio, obispo de Munster, que predicó el Evangelio á los Sajones.

En Zaragoza, en España, san Braulio, obispo y confesor.

En Tréveris, san Félix, confesor.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Ludgerii confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotio nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Ludgerio aumentes en nosotros el espíritu de piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 40 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres : Testimonium perhibeo illis, quod æmulationem Dei habent, sed non secundum scientiam. Ignorantes enim justitiam Dei, et suam quærentes statuere, justitiæ Dei non sunt subjecti. Finis enim legis Christus, ad justitiam omni credenti.

Hermanos : Yo les soy testigo de que tienen zelo de Dios; pero no segun la ciencia. Porque no conociendo la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no se han sujetado á la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para dar la justicia á todo el que cree.

NOTA

« Escribióse esta epistola desde Corinto el año 57
» de Cristo, veinte y cuatro despues de su pasion;
» enviála el Apóstol por Febe, una gran sierva de
» Dios, que se empleaba en el servicio y ministerio
» público de los pobres de la iglesia de Cencris, uno
» de los puertos de mar de aquella gran ciudad. »

REFLEXIONES.

Testimonium perhibeo illis, quod æmulationem Dei habent, sed non secundum scientiam. ¿De qué sirve el zelo por la ley santa de Dios, si no es conforme al espíritu de Dios? No hay cosa mas perniciosa, ni tampoco la hay mas comun que el falso zelo.

Se hallan algunas veces personas que hacen profesion de ejemplares, y aun de penitentes, cuyo zelo siempre es enfadadizo y amargo, y no conoce aquella mansedumbre de Jesucristo, que en parte caracteriza el verdadero zelo. Engañaríase mucho el que concibiese la caridad como una virtud aduladora y lisonjera, que por no ofender á nadie todo lo celebrase, hasta las mismas imperfecciones. Debe condenarse, debe abominarse el vicio; pero la caridad cristiana pide que se perdone á la persona, que se mire con tierna compasion al pecador, sin perdonar al pecado. La malignidad del corazon humano nos debe inclinar á desconfiar perpetuamente de nuestras máximas, siempre que se dirigen á censurar la conducta de los otros. Siéntese no sé qué secreto y maligno placer de descubrir en otro aquellos defectos de que uno se considera libre. Aquella especie de superioridad que se imagina lograr sobre el prójimo, lisonjea un corazon naturalmente orgulloso; y como en esta opinion de preferencia se mezela siempre el especioso pretexto del zelo y de la virtud, no se desconfia de esta complacencia maligna, y aun se vive en ella con grande serenidad.

Aun es mas grosera la ilusion cuando se reputa por zelo la pasion misma, persuadiéndose que se hace servicio á Dios en aquello en que solamente se siguen los impetus de la emulacion, de la envidia ó del propio interés.

Si se ha recibido algun disgusto, si se encuentra en la pretension concurrentes de mayor mérito ó de mayor dicha, si nos hace sombra la virtud ó la reputacion del otro; comiézase por desviar los ojos del esplendor de sus prendas; solamente se aplica la atencion á descubrir lo que puede parecer en él defectuoso; celebrase con una risa maligna, óyese con una secreta complacencia todo aquello que los que están igual-

mente predispuestos censuran en las personas que sirven de objeto á nuestra envidia; todo se escucha, todo se aplaude con alegría. Si se las muerde, si se las satiriza, todo se recibe como oráculo. El aprecio y aun el amor con que se miran estas crueles censuras, igualan siempre á la maligna antipatía que se tiene con los concurrentes. Una pasión á la que se da cebo no puede contenerse por largo tiempo dentro de los límites de la moderación. En vano se procura reprimirla, ó á lo menos disimularla, al cabo revienta con estruendo. Ya se miran con ojos enemigos aquellos cuya reputación nos ofende. No solo se desaprueba, sino que positivamente se desprecia todo cuanto hacen; ni aun se quiere creer que sean capaces de hacer cosa digna de estimación. Los que no son devotos llaman á esto aversión, vergüenza, emulación, odio; pero los que hacen profesión de virtuosos, siempre lo llaman zelo. Mas pregunto, ¿se mira únicamente á Jesucristo y á la salvación de las almas en esta malignidad de humor que se desahoga en censuras mordaces, en invectivas y en murmuraciones? ¿Cosa extraña! hasta la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia han de servir de pretexto á la pasión.

El evangelio es del cap. 9 de san Lucas.

In illo tempore, misit Jesus nuntios ante conspectum suum: et euntes intraverunt in civitatem Samaritanorum ut pararent illi. Et non receperunt eum, quia facies ejus erat euntis in Jerusalem. Cum viderent autem discipuli ejus Jacobus et Joannes, dixerunt: Domine, vis dicimus ut ignis descendat de caelo, et consu-

En aquel tiempo envió Jesus delante de sí nuncios; y yendo estos, entraron en una ciudad de Samaritanos para prepararle el hospicio. Y no quisieron recibirle porque daba á entender que iba á Jerusalem. Habiendo visto esto sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: ¿Señor, quieres que mandemos que baje fuego del cielo, y que los

mat illos? Et conversus increpavit illos, dicens: Nescitis cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare.

devore? Pero el Señor, volviéndose á ellos, les respondió, diciendo: Vosotros no sabeis á qué espíritu seguís. El Hijo del hombre no vino á perder á los hombres, sino á salvarlos.

MEDITACION.

DEL FALSO ZELO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el falso zelo tiene toda la malignidad, toda la hiel y todo el veneno de las mas violentas pasiones; pero todo bajo la máscara de una ardentísima caridad y de un abrasado amor de Dios. ¿Qué se puede esperar de tal principio?

El falso zelo, hablando propiamente, no es mas que una violenta pasión que el amor propio disfraza para que no se conozca, poniéndola en estado de ser tanto mas nociva, cuanto menos se desconfía de ella. Es el orgullo como su primer origen, porque no hay zelo falso que no esté acompañado de un gran fondo de vanidad; de aquí nace aquel desprecio con que se mira á la persona contra quien se dirige el tal aparente zelo. Un odio maligno, una envidia amarga, una venganza aceda y siempre picante, son como los ocultos resortes ó máquinas que mueven la cólera de los llamados zelosos, y los ponen de mal humor contra los defectos imaginarios ó reales de sus hermanos. Del mismo principio nace que todo hereje grite contra la relajación, y acompañe sus gritos con injurias. Tendriase por muy grosero el error, si no se valiese del pretexto de la gloria de Dios y de la salvación de las almas para justificar hasta los mas furiosos excesos. Debajo de este especioso título, debajo de este bello nombre, feas calumnias, murmuraciones

atrocés, enormes injusticias, inhumanidades, persecuciones, todo pasa, todo se aplaude, todo se autoriza: *Arbitratur obsequium se præstare Deo*. Cuando solo se obra por resentimiento, por pasión y por venganza, se cree que se hace servicio á Dios. ¿O cuántas pasiones, ó cuántas injusticias fomenta esta vana imaginación! ¿Pero acaso nos ha de juzgar Dios según nuestras frívolas imaginaciones? ¿Y es posible que nada me acuse mi conciencia en este punto? El verdadero zelo no es amargo ni parcial. ¿Sientese en el corazón amargura, acedia, menosprecio, y no sé qué especie de dureza? señal evidente de que el zelo es ilegítimo, es falso. Aquellos devotos zelosos que quisieran bajase fuego del cielo para exterminar á los pecadores, estén ciertos que no los anima el espíritu de Jesucristo. ¿De qué principio nacen mis ímpetus arrebatados, mis movimientos coléricos? ¿Acaso es verdadero zelo el que produce mis aversiones y mis vivacidades?

Ojéese bien en ese corazón; cávese profundamente hasta dar con el manantial de ese zelo impetuoso, que solo acierta á explicarse en estruendos y en castigos; hallarase sin duda que esa nube cargada de rayos y de piedra se formó de exhalaciones malignas. Unas prendas demasiado brillantes y demasiado reales, que nos hacen sombra; una razón de familia, de interés ó de partido; un disgusto que se nos dió, un desaire, un despique y una secreta envidia, son el verdadero y primer móvil de tantas acciones enmascaradas con el especioso nombre de zelo y de caridad. Pero ¿qué juicio hace de ellas aquel Dios que penetra el fondo de los corazones, que desenvuelve y registra todos sus senos, y que hace tan poco caso de nuestras sutilezas y de nuestros sistemas? ¡O buen Dios, y cuánto tiempo, cuántas diligencias perdidas! ¡cuántos pecados graves bien disfrazados!

¡cuántos talentos mal empleados! ¡Y qué desdichada es una persona á quien anima el falso zelo! ¡qué digna de compasión! ¡Y qué rara es la que abre los ojos, y vuelve en sí de una ilusión tan lamentable!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay todavía otro falso zelo mas mitigado, pero mas sutil. Y no hay que cansarse, que este en todas partes se halla, y en todas las cosas se mezcla. Es rarísimo, es especie de prodigio que un zelo tan puro, tan acendrado, no envuelva dentro de sí algunas partículas térreas de nosotros mismos; muy rara vez sucederá que la inclinación, el humor, el genio y el amor propio no sean como el alma de lo que se llama zelo.

Persuádese uno á sí mismo, y aun quiere persuadirlo á los demás, que solo se busca la mayor gloria de Dios, y que sola ella es el móvil de nuestras acciones; pero si solo se pretende agradar á Dios en el ejercicio del zelo, ¿en qué consistirá aquel desear mas unas ocupaciones que otras, aquella inclinación, aquella preferencia en buscar mas á unas personas que á otras? ¿en qué consistirá no tener zelo ni fervor sino para los ministerios sobresalientes, para atender á la salvación de cierta clase de personas? ¿Porqué se tendrá tanto dolor, se hará tanto sentimiento en dejar el empleo, la ocupación, el lugar, cuando la voluntad de los superiores nos da á conocer bastantemente que no quiere Dios nos mantengamos allí? ¿Tememos por ventura que se disminuya ó padezca la gloria del mismo Dios si cedemos nuestro lugar á otro? ¡Ah, Señor, y qué misterios de iniquidad descubrirá á nuestros ojos la fatal hora de la muerte! ¿Pero será entonces tiempo de descubrir estos misterios?

El querer trabajar mucho, suele ser señal de que

se tiene mucho zelo. Pero si en esa multitud laboriosa de ministerios se pretende únicamente la mayor gloria de Dios, es muy digno de reparo, y aun de grande admiracion, el gran cuidado que se tiene de dar á entender al público lo mucho que se trabaja, mendigando, con una vana ostentacion de sus fatigas y sudores, un aplauso ó una inútil compasion. Muchas veces quiere uno hacerlo todo, pero quisiera ser él solo quien lo hiciese; ¿y esto no nacerá por ventura de temer que salga otro concurrente con quien se repartan los aplausos y la gloria de las fatigas? ¡O mi Dios, y qué sutil es el amor propio! Mientras no tengamos un corazón puro y una intencion recta, siempre hará burla de nosotros. Es señal indubitable de un zelo falso y postizo sentir el fruto que hacen los demás. ¿Y no hay algo de esto en nuestro corazón?

El primer fruto de la caridad es el zelo verdadero, y no puede nacer de otro principio. Por eso el verdadero zelo siempre es manso, benéfico, humilde y compasivo. El primer objeto de nuestro zelo deben ser nuestros propios defectos, siendo la sólida virtud de un hombre zeloso el primer artificio de que debe valerse para mover á los demás: *Æs sonans, aut cymbalum tinniens*. ¡Mi Dios, que dolor, que desesperacion en la hora de la muerte, cuando no ha sido uno en toda su vida sino como el bronce que resuena, ó como un címbalo que no hizo mas que ruido! *Nonne in nomine tuo prophetavimus?* ¿Pues, Señor, no profetizamos en tu nombre? ¿no lanzamos los demonios en tu nombre? ¿no hicimos muchos milagros en tu nombre? Así es, responderá el Señor; pero les dirá claramente: *quia nunquam novi vos, discedite á me*: Apartaos de mí, porque nunca os reconocí por míos. ¡Qué sentencia, qué rayo fulminado para un predicador aplaudido, para un director de grande repu-

tacion, para un superior rígido, para un padre de familias vigilante, para un gran prelado, que habiendo cumplido con su obligacion respecto de sus súbditos, no hubiesen atendido á su propia salvacion!

No permitais, Señor, que yo entre en este número. Sea yo mismo el primer objeto de mi zelo; y sea mi zelo en orden á los demás animado por vuestro divino espíritu. No sea amargo ni riguroso sino contra mí mismo; sea la caridad su primer móvil, y sea vuestra gloria su único fin.

JACULATORIAS.

Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Criad, Dios mio, en mí aquel corazón limpio y aquella intencion recta sin la cual no es posible agradaros.

Tabescere me fecit zelus meus: quia obliti sunt verba tua inimici mei. Salm. 118.

Mi zelo me hizo secar de dolor á vista del desprecio de vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

1. Ten zelo, porque la falta de él es señal de una fe muerta y de una caridad apagada; pero nunca sea amargo ni indiscreto. El verdadero zelo siempre es prudente, humilde, compasivo y moderado. Si tu indignacion se irrita contra el vicio, en tus propios defectos hallarás el mas digno objeto de tu cólera. Debe sin duda llorarse con lágrimas de sangre la licenciosa relajacion de las costumbres; pero cuando no se nos ha cometido el cargo de corregir á los demás, ¿á qué propósito exclamar con tanto ruido? ¿á qué fin reprender con tanta acedia y amargura?

Demos principio á la reforma comenzado por nosotros mismos, y quanto es de nuestra parte quedarán corregidas las costumbres. En quien por su oficio no tiene obligacion de enmendar á los demás, el único medio de reformarlos es con el ejemplo y con la edificacion de su vida; siendo tambien al mismo tiempo el único modo de corregir que jamás deja de hacer fruto. Considera desde luego á qué cosas se ha de extender tu zelo, y cuáles son sus propiedades. ¿Atiendes con desvelo á la buena crianza de tus hijos, al porte de tus criados, y al modo de vivir de todos aquellos que dependen de tí? ¿eres tan cuidadoso y tan nimio en procurar que cumplan tan exactamente con las obligaciones de cristianos, como con los oficios de criados tuyos? No sufrirías que te hablasen á tí con menos atencion, ó con poco respeto; ¿tienes el mismo zelo en solicitar que traten á Dios de la misma manera? Mira que has de ser responsable de la salvacion de los que están á tu cargo, y así no te fies demasiadamente de su buena fe, abandonándolos del todo á su propia conciencia. Sueles algunas veces decir que ya tienen edad para saber sus obligaciones. Pero pregunto: ¿sueles decir esto mismo cuando se trata de cosas tocantes á tu servicio? Ten zelo, y no serás tan insensible en materia de costumbres, observando de hoy en adelante las reglas siguientes. Primera: sea el buen ejemplo la primera leccion que dicte á todos tu zelo; á esta especie de instruccion no hay natural, costumbre, ni genio, ni inclinacion que resista. Segunda: Desciende al individual y menudo exámen de la conducta de tus hijos y de tus criados; infórmate de cuando en cuando si sus conversaciones son licenciosas, y si es cristiana su vida. Procura averiguar si frecuentan los sacramentos, por lo menos una vez al mes; si oyen misa con devocion, si están en la iglesia con respeto, si leen libros perniciosos,

si frecuentan casas sospechosas, y si andan con malas compañías. En este género de faltas has de ser inexorable, sin perdonar ni disimular cosa alguna; y no te fies ni de preceptores, ni de maestros, ni de ayos.

Sé rígido, pero sin ser amargo ni austero. Nunca reprendas con términos injuriosos ó mal sonantes; un poco de viveza y un mucho de teson caen bellamente en el verdadero zelo; muéstralo siempre de manera que parezca zelo cristiano, el cual es inseparable de la caridad.

2. Si te hallas al frente de alguna corporacion, de algun gremio ó de alguna comunidad, atiende con zelo al rigor de la observancia; no toleres la mas minima relajacion; pero advierte con dulzura, corrige con moderacion, reprende con toda cortesania, manda con tu ejemplo aun mas que con tus palabras. ¿O cuántos superiores serán horrendamente castigados en la otra vida, por haber sido poco rígidos y menos ejemplares! ¿No tienes tú algo que reprenderte y enmendarte en este punto? Si eres particular, predica la reforma de toda la comunidad con la tuya. No te dispenses en la mas minima distribucion ú observancia regular; sé puntual, sé en todo muy exacto, y solo con esto has dado principio á la reforma de la casa. Todo zelo inquieto, bullicioso y mordaz, es zelo falso; el tuyo debe ser sosegado, suave, benéfico y caritativo. Mucho se engaña á sí mismo el que piensa tener zelo de los demás cuando descuida de su propia perfeccion; porque es cierto que nunca amamos al prójimo mas que á nosotros mismos. Lo que entonces se llama zelo, es intrepidez de genio, es viveza mal corregida, es orgullo mal disimulado, y no pocas veces es odio, envidia y emulacion.